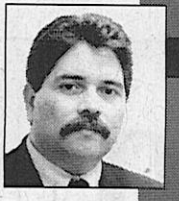


TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA



*A la memoria de Rafael Ramírez Heredia,
El Rayo MACOM*

Beirut, DF, Tijuana

En los años ochenta, cuando vivía en el Distrito Federal, tuve la fortuna de conocer a mucha gente, de hacer buenos amigos y de encontrar muchas solidaridades. Conocí a una familia de emigrantes libaneses que habían salido de su país huyendo de la violencia y de la guerra: los Bechelany. Habían encontrado fortuna en nuestro país pero pagando el alto costo de haber dejado a buena parte de sus parientes en Beirut. De manera que los hijos empezaron a viajar con frecuencia a visitar a los abuelos y a los primos. Gyna me impresionaba con sus relatos de las ocasiones en que había ido a pasar vacaciones a la bella ciudad considerada de avanzada en Medio Oriente. Me platicaba que quienes se quedaron tuvieron que acostumbrarse a vivir con el temor de las bombas o de los francotiradores. Que como era tan cotidiana la muerte, tuvieron que tomar la decisión de seguir haciendo su vida lo más normal posible. Así, los jóvenes salían a divertirse por las noches en medio de los bombardeos. Se guarecían y seguían su camino rumbo a las discotecas de moda. No había de otra. A ella al principio le asustaba pero con los días y la orientación de sus primos trataba de pasarla bien. La difícil costumbre de acostumbrarse a la violencia.

Por aquellos años, en el DF el tema recurrente de las reuniones era la inseguridad. A veces se tomaba la decisión de no tocar el asunto para no echar a perder la velada. Era tan cotidiana la violencia que bastaba con que alguien refiriera el asunto para que todo mundo enumerara los asaltos sufridos, las

extorsiones de las policías, las vejaciones, en fin una larga retahíla de calamidades sufrida; no se diga a parientes y conocidos. Para eso también se levantaron diques para contener y sobrellevar la angustia de sentirse constantemente amenazado. Se elaboraron manuales de autoprotección y de medidas que harían menos inseguro el transitar y vivir en la gran ciudad.

A finales de los ochenta, Jorge A. Bustamante insistía desde su columna en Excélsior que el problema de la violencia en nuestro país se concentraba en la Ciudad de México. Que Tijuana era una ciudad muy tranquila donde se podía caminar sin sobresaltos. Que incluso en el DF se construía una visión estereotipada de las ciudades de frontera, que reforzaba la idea de poblaciones asoladas por el narcotráfico y la corrupción. Era un discurso muy exitoso e idílico de la frontera. Algunos periodistas, como Jesús Blancornelas, ya llamaban la atención sobre lo que se estaba gestando en el subsuelo fronterizo. Claro, todos lo tachaban de alarmista. Desgraciadamente el tiempo le dio la razón: la violencia y la inseguridad se adueñaron de nuestras otrora apacibles ciudades.

Cuando la ola delictiva empezó a crecer, nos consolaba el argumento de que se trataba de una violencia muy localizada. Los narcotraficantes se mataban entre ellos. De nuevo, pronto esa certeza desapareció. Empezamos a escuchar y a conocer de casos de secuestros y asesinatos de gente aparentemente sin ninguna liga con el llamado crimen organizado. Hoy es frecuente que las conversaciones que antes escuchábamos en el DF sean frecuentes en todos los círculos de la sociedad. El pánico se ha adueñado de gran parte de la población. Con acuerdo con los especialistas cuando afirman que es

determinante la percepción que sobre la inseguridad construye una sociedad. Que esa percepción puede magnificar o minimizar los acontecimientos delictivos. Que una sociedad se puede autopercebir como segura, siendo que comparte niveles delictivos con otras que se conciben como inseguras. Pero Tijuana y buena parte de las ciudades de la frontera norte rebasaron el umbral donde todavía era manejable la percepción positiva. Son tan abrumadores los datos de delitos (robos, homicidios, secuestros, etc) que difícilmente las declaraciones gubernamentales sirven para paliar la angustia que empieza a cundir entre la población. Estamos como en el DF de finales de los ochenta, pero con una proliferación de acciones violentas. Los robos de antaño palidecen ante la inusitada violencia con la que se está actuando.

Una sociedad presa del pánico puede ser el caldo de cultivo para escaladas que podrían empeorar el panorama. Capitales que huyen, desempleo que crece, desvalorización de la vida comunitaria a partir de la desconfianza, justicia por propia mano a partir de que los delincuentes rebasan a la autoridad o de la impunidad para actuar al margen de la ley, corrupción en la impartición de justicia, ingobernabilidad...

Al lado de ello hay acciones que son dignas de aplaudir porque no buscan ganancias personales: la marcha por las víctimas de la inseguridad en Baja California que inició el pasado sábado 21 de octubre en San Quintín y habrá de concluir 16 días después en el Centro Cívico de Mexicali, después de recorrer 500 kilómetros. Son acciones desesperadas de quienes perdieron a sus seres queridos o de aquellos que piensan que la movilización ciudadana es fundamental para la toma de decisiones que reviertan la difícil situación que hoy padecemos.

Correo electrónico: victorae@dhs.colef.mx

El autor es investigador del Departamento de Estudios de Administración Pública del Colegio de la Frontera Norte